

10 CÉNTIMOS EL NÚMERO



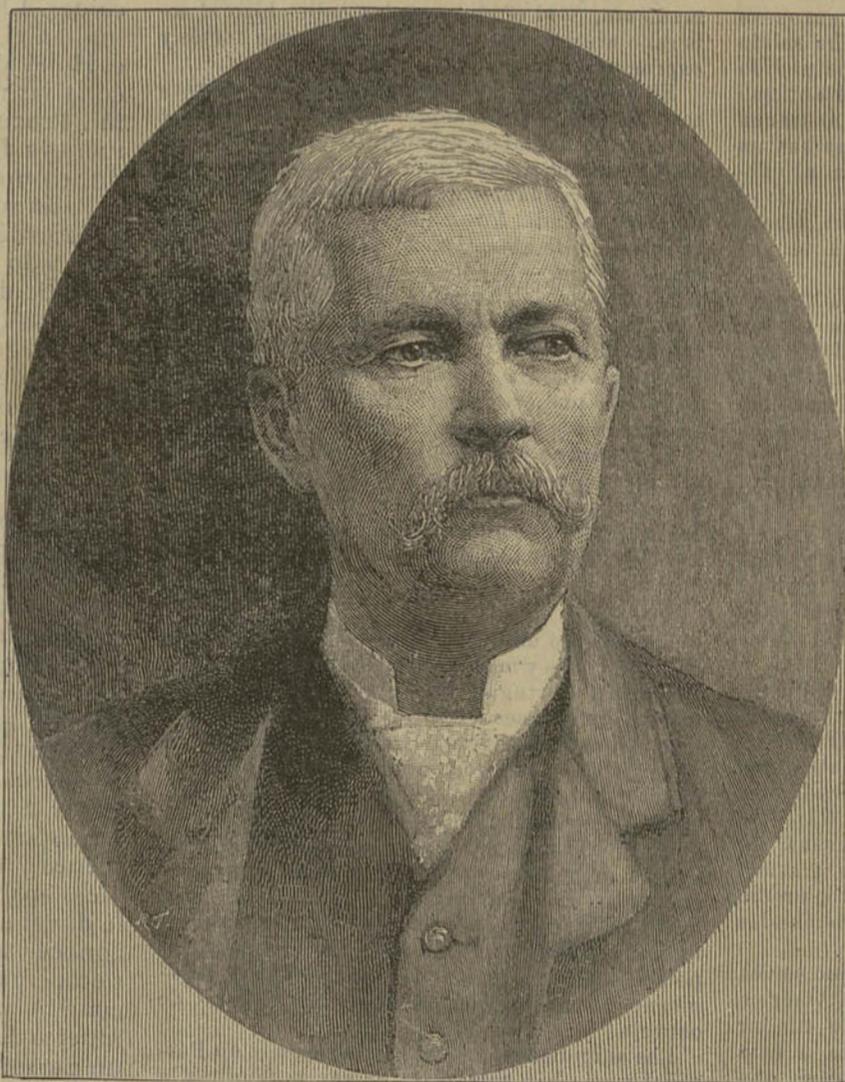
LA SEMANA POPULAR ILUSTRADA

Año I.

Barcelona 14 de agosto de 1890.

Núm. 3.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	AÑO	SEMESTRE	REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN	Se admiten originales, pero en ningún caso se devuelven.
España.	5 pesetas.	2'50 pesetas.	Carmen, 36, entresuelo BARCELONA	Se aceptan representantes y corresponsales, estipulando condiciones.
Países de la Unión Postal.	10 »			
América. Fijarán precios los señores corresponsales.				
Numeros sueltos. 0'10 ptas. Numeros atrasados . . . 0'20 ptas.				
Anuncios a precios convencionales.				



STANLEY

SUMARIO

TEXTO.—Actualidades.—La guinea milagrosa, por Matilde de Becelaere—Welebil, (traducida del alemán).—El octavo hijo.—Explicación de grabados.—Poesía: ¡A escape y al vuelo! por D. José Zorrilla.—Viajes: El monte Avasaxa.—Un inventor desconocido.—Mesa vuelta: ¡No más viejos!

GRABADOS.—El explorador Stanley y Miss Tennant.—El secreto, composición de Techendorff.—El triunfo de Germánico, cuadro de Piloty.—El nudo gordiano.—Un inventor desconocido.

ACTUALIDADES.

La situación de Buenos Aires no aparece todavía bastante clara y hay que esperar que el correo disipe las dudas, que la necesaria concisión y quizá intencionada ambigüedad del telégrafo, mantiene así en los espíritus del lado de acá del Atlántico. Por de pronto, según los últimos despachos, se ha formado ya un nuevo ministerio. En otra situación esto bastaría para calmar temporalmente los ánimos; dado que los pronunciamientos en América, como en España, no han tenido generalmente más fin que el de cambiar de gobierno; pero como dijimos en nuestra anterior revista, el de Buenos Aires arranca, al parecer, de móviles más hondos. El programa del nuevo Ministerio proclama la necesidad de moralizar la administración y fomentar los recursos nacionales, lo cual no tiene el mérito de la novedad. Es la muletilla de todos los programas. Sin hablar de lo primero, que sería hablar del diluvio, baste decir con respecto á lo segundo, que al fin de fomentar los recursos nacionales miraban aparentemente los muchos Bancos creados en estos últimos años. ¿Y cómo los fomentaron? Enriqueciendo á algunas docenas de agiotistas y acabando con la riqueza y el crédito del Estado. Ahora la verdadera cuestión está en averiguar de dónde se sacan los medios necesarios para hacer frente á las necesidades públicas. En las naciones europeas que pasaron por estos cataclismos, se ha salido siempre del paso vendiendo como se ha podido los recursos que todavía quedaban del antiguo régimen; pero los pueblos americanos no tienen antiguo régimen, y por consiguiente no hay en ellos nada que vender. Hay que acudir al vulgarísimo sistema de los empréstitos, y todo el mundo sabe á qué precio encuentran el dinero los pródigos y los arruinados, cuando le encuentran.

Deseamos sinceramente que nuestros hermanos de allende el mar, hallen siquiera alguna fórmula económica para seguir tirando, hasta que acaben de convencerse de que el lujo de vivir á la moderna cuesta muy caro y sólo pueden permitírselo, y eso hasta ciertos límites, las naciones que tienen algún fondo de reserva.

Refieren los telegramas que el general Mitre, que se hallaba en Europa, ha salido para Buenos Aires en cuanto se han recibido las primeras noticias del conflicto. Por honrados propósitos que lleve el ilustre veterano y por grande que sea su prestigio en la república, dudamos que su presencia facilite la solución del temeroso problema.

¿Qué harán en esta situación los numerosos emigrantes españoles, que fueron á Buenos Aires á buscar soñadas riquezas? ¿Si la vida se ha hecho allí difícil hasta para los pudientes, qué será para estos infelices que no han llevado otro capital que la esperanza? Muchos millares de ellos vagan por las calles pidiendo limosna, sin hallar recursos para volver. Nuestra trasatlántica abona cincuenta pasajes á medio precio en cada viaje de retorno; pero las demandas sobrepujan con mucho esta cifra.

Y aquí es del caso preguntar, para que se vea hasta qué punto nuestros hermanos de América se han dejado llevar de la corriente de fundar en falso. ¿Qué es lo que de seis meses á esta parte ha pasado en la República Argentina, que hasta tal punto ha cambiado radicalmente sus condiciones económicas? ¿Cómo lo que ayer era un país de Jauja, sueño de todos los desheredados del continente europeo, territorio fertilísimo que no esperaba más que brazos para transformarse en un emporio agrícola capaz de dar alimento y riqueza á inmensas poblaciones, se ha convertido de repente en comarca inhospitalaria y estéril de la que se huye como de una región apastada? ¿Qué ha pasado allí, repetimos? ¿Es que alguna colosal convulsión geológica se

ha tragado de repente aquellas Pampas sin límites, destinadas á ser vivero de hombres, de riqueza y de actividad? ¿Es que se han secado el Plata y el Amazonas ó han cambiado de postura los Andes, ó la ciudad de Buenos Aires ha desaparecido á consecuencia de algún terremoto? Pues nada de esto, todo está en donde estaba, hace seis meses. Allí no ha pasado nada. Lo que hay es, que todas esas cosas servían antes de colosales espantajos para jugar al crédito: el crédito ha muerto de estenuación y de abuso, y los espantajos no sirven más que para relegarlos al almacén de la tramoya.

¡Qué poder tan singular el de la publicidad!

Las corrientes europeas siguen siendo pacíficas; pero no sin que estalle de cuando en cuando la alarma por hechos que el temor quizá exagera ó el interés político abulta. Según informes que se consideran auténticos, se han celebrado últimamente en Monte Generoso á orillas del romántico y pintoresco Lago de Como, misteriosas conferencias militares entre oficiales alemanes, austriacos, ingleses é italianos. Representaban á estos últimos los conocidos generales Cialdini y Ricotti. ¿Cuál era el objeto de tales conferencias? Los franceses han visto en ellas, no sin legítimo recelo, una demostración de que la cuádruple alianza formada contra ella, vive y no abandona su objetivo.

Por otra parte la visita del emperador Guillermo II al Rey Leopoldo de Bélgica, que ha tenido lugar muy recientemente, ha contribuido no poco á acentuar la nota alarmante. Guillermo entró en Ostende, desembarcando del magnífico yacht imperial «Hokenzollern» mandando personalmente la maniobra de entrada en el canal que conduce al muelle. Vestía uniforme blanco y un casco resplandeciente de oro, lo que hizo que algún periódico le comparase á *Lohen-grin*.

La recepción oficial ha sido brillante. El rey Leopoldo y Guillermo se abrazaron cordialísimamente, y el público por las calles hizo al soberano alemán una acogida sumamente cortés y expresiva.

El Emperador dió permiso para que entrara todo el mundo libremente á visitar su yacht y no dejó de llamar la atención el aparato belicoso de esta embarcación de recreo, artillada con cañones formidables que tenían toda esta expresiva leyenda: *Ratio ultima regis*. Llamó también mucho la atención, el que uno de los días, era domingo, abandonase el Monarca alemán por una hora la compañía de su regio huésped para irse al yacht en donde rodeado de toda la tripulación recitó el oficio protestante, leyó el evangelio del día, é improvisó una corta plática, como pudiera hacerlo el más celoso y elocuente de los pastores del culto.

El soberano y el pueblo de Bélgica, no hicieron más en realidad, en esta circunstancia, que cumplir un deber imperioso de cortesía; pero sus recelosos vecinos parece que no han visto la cosa con buenos ojos.

Ha surgido un nuevo incidente ocasionado á enturbiar más y más las relaciones entre la Gran Bretaña y Portugal. El segundo teniente de la marina portuguesa Sr. Azevedo Continho, al frente de algunas tropas irregulares, apresó un vapor inglés de la compañía de los Lagos y envió la tripulación presa á Quelimana. La noticia, como es natural, ha producido gran impresión en Lisboa, tanto más cuanto que entre los incidentes se refería que había sido muerto en el encuentro el cónsul inglés M. Buchanan. Si el hecho es cierto, como parece, la impresión no habrá sido floja en Inglaterra. Ha habido interpelaciones en las cámaras portuguesas y el gobierno ha hecho uso de un lenguaje lleno de cautela.

Los suicidios ocurridos recientemente en Portugal y que han sembrado en varias familias la desolación, ha dado margen á que un diputado pidiese al gobierno que pusiese coto á la publicidad dada por la prensa á tales sucesos, fruto enfermizo de una civilización bastarda; dado que la experiencia, el buen sentido y la ciencia misma acreditan, lo contagioso que es el morbo del espíritu que los engendra. Nada se ha resuelto. Allí como aquí el noticierismo todo lo arrolla.

Los últimos telegramas de Orán suponen á las kábilas del campo de Melilla muy irritadas contra España. Dicen que las de Macusa y Benisuaseen se han reunido en número de algunos miles de hombres con objeto desconocido, pero que se cree que mira á intentar un golpe de mano sobre nuestro presidio. Creemos que no tienen manos las kábilas para tamaño golpe mucho más estando la guarnición prevenida.

* *

Preocupa ahora mucho á nuestros políticos el censo electoral, que cada partido aspira á que contenga el mayor número posible de electores amigos y el menor de adversarios. La junta de prohombres reanida en Madrid para tratar este asunto, ha sido algo tumultuosa y harto se ve que todos aspiran á que la nueva ley del sufragio ponga en sus manos la dirección de los negocios públicos.

Si esta prueba del sufragio universal se hace pacíficamente, dejará de merecer el nombre que se le dió en otro tiempo, de ley del naufragio universal.

LA GUINEA MILAGROSA

POR MATILDE DE BECELAERE—WELEBIL.

(Traducida del alemán).

I.

La tarde estaba fría y triste. Una capa de la nieve sucia y medio deshelada propia de las grandes capitales y en la cual deja el pie ancha huella, cubría las calles. Quince años habían transcurrido sin verla, pero no la había olvidado nunca. Allí estaba formando los mismos surcos que antes, y exponiendo á los transeuntes á las mismas caídas. Llegado algunas horas antes de Bahía, en el Brasil, encontrábame sentado en el Hotel Morley, contemplando con melancolía las mudas fuentes que tenía frente á mí. Procuré distraerme con la idea de que fuera ya de extrañas tierras, me hallaba, por fin, en mi país natal.

Paseando de un extremo á otro del cuarto recordé los días de mi juventud. No habían sido de color de rosa. Huérfano y al cuidado de un tío rico que me hacía sentir en todas ocasiones lo costoso de mi educación, llegué á adquirir el firme convencimiento de que yo era una carga para él, de la que gustoso se vería libre. ¿Es de admirar el que yo deseara huir de esta dependencia? ¡Con qué satisfacción tan visible acogió el tío mi determinación de buscar fortuna en lejanas tierras! Aún recuerdo el suspiro apenas reprimido de alivio con que me hizo entrega de una pequeña suma—la herencia de mi padre; recuerdo el desabrido adiós de mi único primo Jorge, y mi propia despedida de la patria. Aunque triste y dolorosa vino á mitigarla el firme convencimiento que en el instante de la partida sentí, de que había de alcanzar fortuna, y conquistar la consideración de los que ahora me despreciaban.

Suspendiendo mi paseo sentéme á la chimenea y tiré de la campanilla. Un criado viejo apareció que no me era desconocido; le dirigí una pregunta. Si tenía el honor de conocer al señor Jorge Rutland; en otro tiempo paraba siempre en el Hotel Morley cuando venía á la ciudad. Pero desde la muerte del anciano, su hijo se había hecho un personaje. Habitualmente vivía con su familia en sus posesiones, y ahora se encontraba en consecuencia, en Rutland-Hall. Supe lo que deseaba, y escribí enseguida una carta á mi primo.

«Mi querido Jorge: Me figuro que esta carta te producirá la misma admiración que si apareciera viva ante tí una persona á quien creyeras muerta. Ya sabes tú que yo antes era un pelagatos. Pero ¿qué importa? Hay que tomar las cosas como vie-

nen; buena voluntad y buenas intenciones no siempre alcanzan la felicidad. Aunque dejo á mi espalda los más hermosos años de mi juventud, me siento fuerte y dispuesto á emprender nueva vida y dedicarme á una ocupación cualquiera. Cuando se ha vivido mucho tiempo lejos de los suyos, siente uno la nostalgia de un recibimiento cordial en su país. Sin esperar tu respuesta marché mañana á Rutland-Hall, para llegar á tiempo de sentarme contigo á la mesa. Ya ves que cuento con tu hospitalidad hasta que vaya tomando pie en mi antigua patria. Ya sabes, mi querido Jorge, que soy tu afectísimo primo Guido Rutland.»

«Ahora veremos si ha cambiado,» pensé para mí, mientras cerraba la carta, sobre la que escribí en grandes rasgos las señas: Jorge Rutland, Esq., Rutland-Hall, Kent.

A las siete de la tarde del día siguiente descendí del coche ante la imponente escalinata de la posesión. En vano busqué á Jorge con la vista.

«¿Has olvidado ya los formalismos de tu tierra?» me dije á mi mismo; «me esperará en el vestíbulo.»

Un criado tieso y rígido me abrió la puerta y me introdujo, sin más ni menos ceremonia que si se verificase mi llegada del Brasil todos los días.

Jorge tampoco estaba allí.

«Un recibimiento cordial no se hace bien ante un criado,» pensé; «indudablemente me espera en el salón.»

Acomodándome á las circunstancias, seguí al criado, quien por diferentes escaleras y pasillos me condujo á un cuarto que comparado con la majestuosa fachada de la casa me pareció muy modesto.

Arreglé un poco el traje y me abandoné de nuevo á mi guía, mientras iba repitiendo en mi interior las palabras con que había de saludar á mi primo. Aunque sin tenerme por un orador brillante, no dejaba algunas veces de hacer efecto.

El salón se hallaba al lado contrario de la entrada. Había venido con tan poco estrépito, y mi recibimiento había sido hasta entonces tan modesto, que Jorge no podía sospechar mi llegada. Quise sorprenderle. Abrióse la puerta del salón, entré y ví— nada. Oscuridad completa. Pero no, allí á la izquierda ardía fuego en una chimenea y enviaba sus resplandores por el aposento. Ante ella sentada, ó más bien, tendida en un sillón veíase una figura pequeña y elegante, una joven de quince á diez y seis años con traje negro y corto; leía al resplandor del fuego en un libro que sostenía en el aire, mientras la cabeza de sueltos y abundantes cabellos rubios descansaba sobre el respaldo del sillón. La niña contenta en su soledad no pensaba en nadie que pudiera perturbarla. Tan absorbida estaba en su lectura, con tanto silencio se había abierto y vuelto á cerrar la puerta, tan grande era el salón, que tuve necesidad de hacer algún ruido para revelar mi presencia. La joven levantó asustada la cabeza; su mano dejó escapar el libro y asió presurosa algo que había al lado del sillón. Este algo era una muleta sobre la cual se apoyó y se puso de pie.

Hice mi presentación. Ella pareció tranquilizarse y me invitó á sentarme con el aire de una persona que se encuentra por completo en su puesto; sin embargo este aire no me pareció natural. Alzó el libro del suelo, púsolo sobre sus rodillas, sacó del bolsillo una redecilla de seda y poniéndose muy encarnada, aprisionó en ella sus rubios cabellos. Después permaneció incorporada en su asiento, pero sin dejar la muleta de que había de servirse en caso de huida.

«Thomson creyó que no había nadie en el salón,» dijo como para disculpar su presencia. «Generalmente estoy en el cuarto

de los niños; pero á veces cuando sale todo el mundo, vengo aquí para leer.»

«¿El señor Rutland no está en casa?» pregunté.

«No, están todos convidados á un banquete.»

«¿De modo que su padre de V. no ha recibido mi carta?»

«Yo no soy hija suya,» dijo sonrojándose, «me llamo Licia Ray y soy huérfana. El señor Rutland me tiene aquí por..... bondad.»

Sus labios temblaron débilmente cuando hizo esta revelación.

«De la carta no sé nada,» prosiguió; «pero he oído que esperaban á alguien. No creí que fuese esta tarde, cuando todos han salido.»

Esto era muy lógico. Lo mismo pensaba yo del cariñoso recibimiento en casa de mi primo. Yo era el huésped á quien se esperaba; por tanto habían recibido la carta en la cual indicaba expresamente el día y hora de mi llegada. «¡Ah, Jorge, primo Jorge!» dije en mi interior, «¡no has cambiado!»

Cuando después de esta muda reflexión levanté la vista, ví dos ojos grandes y serios que me dirigían una escudriñadora mirada. Tan elocuente era la expresión con que me contemplaba la joven, que me pareció que leía en su fisonomía.

«Venías á esta mansión,» parecía decirme «con esperanzas que no se han realizado. A cuantas humillaciones estás expuesto; no puedo comprender porqué vienes. Si yo estuviera una vez fuera de ella no habría fuerza capaz de hacerme volver. Y si conociera el camino del lejano país de donde vienes, á pesar de mi muleta, emprendería con valor el viaje, y no continuaría aquí ni un momento, no, ni un momento más, ni siquiera por disfrutar sobre este sillón de una hora de descanso.»

Como puede una sola mirada decir tanto, es un enigma; pero lo dice. Su lenguaje era para mí tan comprensible como si viera escritas las palabras. Quizá me ayudara para esta rápida inteligencia la luz interior que mucho antes del nacimiento de aquella huérfana se había encendido en mí. Aquella elocuente mirada vino á confirmar muchas cosas que antes sólo había sospechado; una corriente especial de simpatía se estableció entre mi joven compañera y yo.

«Señorita,» dije, «qué pensaría V. de un hombre que después de quince años vuelve á su tierra, — sin un chelín en el bolsillo?»

«Hum, eso ya me lo sospechaba yo,» respondió Licia Ray con una de sus penetrantes miradas. «Cuando ví el cuarto que le destinaban, no necesité saber más. Las habitaciones hermosas son todas para los huéspedes que se esperan en Navidad; entonces está toda la casa llena. Pero esto no puede pasar, no es posible!»

«¿Cuál es lo que no es posible?» pregunté.

«El que no tenga V. un chelín en el bolsillo. Se burlarían de V., los criados lo notarían. Yo tengo una guinea que lady Thornton me dió el día de mi santo; si V. no se opone, se la voy á prestar. Sería una satisfacción para mí; yo no la necesito para nada, y más tarde, cuando V. mejore, me la puede V. devolver.»

Dijo esto con la seriedad de una persona que arregla un negocio de interés. Trabajo me costó el no reírme. Al parecer me había tomado bajo su protección. Vió las dificultades y peligros que durante mi estancia en Rutland-Hall me amenazaban y que mi vista inexperta no podía descubrir.

«Se lo agradezco á V. mucho,» contesté, y divirtiéndome la situación en que me colocaba frente á la joven y deseando prolongarla, añadí: «Me alegraría poseer esa guinea; la tiene V. á mano?»

Licia cogió con viveza la muleta y aban-

donó el salón. Al poco tiempo apareció con una cajita donde descansaba la moneda de oro envuelta en papel de seda.

«Quisiera que fuera más,» dijo con acento compasivo, mientras yo me guardaba caja y contenido en el bolsillo: «pero tengo tan raras veces dinero...»

En esto nos interrumpió el criado que me había introducido, anunciando que la mesa estaba puesta.

Cuando después de la comida volví al salón ya mi pequeña y bienhechora hada no estaba en él. Licia Ray había vuelto al cuarto de los niños.

El siguiente día fuí presentado á la familia. Correspondió casi por completo á la idea que de ella me había formado. Mi primo Jorge se había convertido en un acaudalado *Pater familiae*: á pesar de sus cariñosas protestas, comprendí desde luego, cuánto le había desagradado mi aparición. Mamá Rutland me saludó con helada cortesía; en cuanto á su hija, mi presencia pareció serle por completo indiferente. A la primer mirada ví el lugar que iba á ocupar en Rutland-Hall, el de un personaje importante.

Jorge me mostró al principio sus posesiones y riquezas, pero después, cuando fueron llegando nuevos huéspedes, me abandonó á mis propios medios. Serví de acompañante á la señorita Rutland, hasta que se presentó otro mejor que me reemplazó ventajosamente. Respecto á la señora de la casa, á duras penas conseguía ocultar el disgusto que mi presencia le causaba. La familia Rutland era algo nueva en la alta sociedad, y el oírse llamar «primo» ó «prima» de un pobre pariente, venido sabe Dios de donde, podía perjudicar al rango y consideración de que gozaba. Yo no era ciego, hice sin embargo, como si no hubiese notado nada, y me conduje de la manera más agradable que las circunstancias permitían. Tomaba las humillaciones y las palabras irónicas por su lado más favorable, y me movía en el círculo de la familia como si fuera un miembro estimado de ella.

Mi conducta no tardó en producir justo desprecio; pero no me quejé y tomé éste como había tomado la forzada hospitalidad, con risueña indiferencia. La tristeza que al llegar á mi patria estuvo á punto de dominarme, habíase desvanecido; podía no ser feliz cuando me hallaba en medio de mis parientes queridos en todo el esplendor de su magnífica hospitalidad? En Rutland-Hall cada uno hacía la vida que quería. Yo aproveché esta circunstancia y elegí la ocupación que más me agradaba. Mi presencia en el salón no siempre era deseada; yo conseguí por todos los medios hábiles el presentarme á menudo en el cuarto de los niños, donde cinco vástagos de la familia Rutland crecían en indomable é insolente indisciplina.

Después de las cinco, nadie de la «sociedad» pensaba en parecer por aquel cuarto: ésta era por tanto para mí la ocasión propicia. La niñera, persona juiciosa y nada refractaria á algún pequeño regalo, supo guardar para sí sus impresiones. Los niños, realmente no tenían ningún atractivo, y sólo encontré gracia á sus ojos, porque siempre les llevaba algunas chucherías. Licia que también tenía su parte en la distribución de imágenes, pelotas, trompos y golosinas, se alegró mucho cuando le dije que todo procedía de la guinea que ella me había prestado.

Si mi posición en Rutland-Hall no era espléndida, la de Licia era realmente intolérable.

Un alma menos fuerte, un espíritu menos piadoso, hubieran caído en la desesperación y en el aniquilamiento. La servidumbre le trataba con desprecio, los niños

le exigían toda clase de servicios, desahogaban en ella su mal humor y no le escaseaban ni las injurias, ni los golpes. La niñera, única persona de la casa que protegía á la huérfana, procuraba reprimir ó desviar la maldad de aquellos mal intencionados chiquillos, pues el tratarlos como merecían no estaba en sus facultades.

En los demás individuos de la familia la aparición de la pobre huérfana y hasta sólo su nombre producía la más desagradable impresión. «Qué vamos á hacer con esa criatura,» oí que un día decía la señora Rutland á una de sus hijas. Una lisiada como ella difícilmente encuentra modo y camino de ganarse el pan en ninguna parte...» Y el ágrío semblante de la buena señora decía aún más que sus palabras.

Pero en tanto, cómo soportaba Licia Ray su suerte? Jamás se quejaba, ni se revelaba contra ella, ni parecía triste, ni mal humorada. Bajo aquel vestido negro ya tan usado, latía un corazón valiente, lleno de paciencia, de fortaleza y de resignación. Por insostenible que á veces pareciera su suerte, nunca se leía tímida condescendencia, nunca reproche ó irritación en los rasgos finos y delicados de su semblante. Todo lo soportaba con sencillez. Sus grandes ojos parecían decir: «Por más que sufra, por mucho que me irriten, el agradecimiento me obliga al silencio, á la paciencia. Me encuentro aquí al abrigo de tantas adversidades—todos ellos son mis bienhechores!

(La conclusión el número próximo).

EL OCTAVO HIJO

Hace ya algunos años, en una choza abierta al viento y á la nieve, nació un niño. Era el octavo de la familia, cuando ya el sostenimiento de los otros siete era difícil. Esta familia, honrada y bien quista de sus convecinos, pero víctima de toda suerte de desgracias, había caído en la última indigencia. Ni fuego en el hogar, ni pan en el armario; el padre enfermo, la madre casi moribunda; los hijos que no habían cenado, tiritaban echados sobre la paja procurando darse algún calor unos á otros.

Felizmente para los pobres, hay pobres y se asisten entre ellos con caridad celestial. Una pobre vecina se encontraba allí. Abrió como pudo al recién nacido que apenas respiraba, y corrió á avisar al Cura para que lo bautizara enseguida, pues temía que no pudiera vivir hasta el día siguiente. El cura no tardó.

—Señor Cura, dijo tristemente el padre, aquí tiene V. un pobre chiquillo, que no llega muy á tiempo. Qué nombre le pondremos?

—Le llamaremos Diosdado, respondió el Cura: porque Dios es quien lo envía, muy á propósito para consolarte y socorrerte. *Ecce hæreditas Domini, filii; merces fructus ventris.* Nunca viene un hijo á una familia sin llevar consigo de qué vivir. Ahora mismo vas á verlo, y lo verás todos los días.

Mientras el Cura hablaba, entraba en la choza su criada con una gran cesta de la que sacó ropa blanca y provisiones. Salió á la puerta y volvió á entrar con leña.

—Ah! señor Cura, exclamó el pobre hombre, cuánto tenemos que agradecer á usted!

—Agradéceselo á Dios. Hice una colecta en el pueblo y Dios no consiente que haya corazones tan duros que se nieguen á socorrer á una familia que tiene ocho hijos.

La criada en tanto había encendido un buen fuego. Envuelven al niño en su ro-

pita, le bautizan y le colocan al lado de su madre que llora de alegría. El Cura se retira olvidando el manteo. Al mismo tiempo la vecina va al otro cuarto con las manos llenas de pan, carne y frutas, y dice á los siete chicos: «Mirad lo que os trae vuestro hermanito Diosdado.» Diosdado comienza á gozar de gran crédito entre la familia.

Durante algún tiempo se estuvo sin saber si querría seguir viviendo. Era tan débil que causaba lástima, pero no por esto dejaba de ocupar dignamente su puesto en la familia y en toda la aldea. Todo el mundo se interesaba por él y por sus padres. Estos, aparte de los regalos que tenían, nunca carecían de trabajo. La caridad los prefería á otros obreros más hábiles. «Tienen ocho hijos,» se decía, y esta razón lo zanjaba todo en su favor. Por otra parte, ellos justificaban la buena voluntad general. Laboriosos, honrados, buenos cristianos; tanto más fieles para pedir el pan nuestro de todos los días, cuanto que jamás les quedaba nada del de la víspera. No se hacían ricos, pero al cabo tenían lo necesario, y con frecuencia algún buen encargo les daba cierto desahogo.

—Diosdado es quien nos trae esto, solían decir. El señor Cura le bautizó bien.

Una de las grandes cosas que Diosdado hizo por sus padres, aún antes de empezar á hablar fué la colocación de su hermano mayor. Una excelente señora de las cercanías quiso atraer la protección de Dios sobre su propio hijo, y resolvió dar educación á sus expensas á un muchacho escogido en una familia numerosa é indigente. Familias con estas condiciones no escaseaban; ésta tenía cinco hijos, aquélla seis, la otra siete; pero en casa de Diosdado eran ocho y pobreza en relación. El hermano de Diosdado fué el elegido. Desde entonces no costó nada á sus padres; aprendió un oficio y se entrevió el momento en que pudiese venir en socorro de la familia, como vino fielmente. Entre tanto nada perdió ésta; el hermano ausente siguió contando entre el número de los hijos, y Diosdado era siempre el octavo. Al cabo de cierto tiempo ya no entraron en la pobre cabaña á la que Dios había enviado ocho hijos, ni el viento ni la nieve.

En tanto el famoso Diosdado no se daba gran prisa en robustecerse. Su padre temía perderle.

—Si muere será un angelito, decía el Cura; os protegerá siempre. Necesitamos protectores en el Cielo. Pero estate tranquilo, creo que vivirá.

—No pesa quince libras, decía el padre.

—Si estuviese más gordo no podría llevarlo su hermana.

—Nunca va á poder manejar la azada ni guiar la carreta, repetía el padre.

—Y qué? contestaba el Cura, no hay pan más que para el labrador? Le enseñaremos á manejar otra cosa. Dejemos obrar á la Providencia; veo que no lleva del todo mal los asuntos de Diosdado.

Pero sólo algo después fué cuando el padre y la madre conocieron el don que Dios les había hecho.

A medida que envejecían, sus hijos se iban dispersando; éstos estaban colocados, aquéllos contraían matrimonio; uno era soldado, el otro marino. Sólo quedó Diosdado para consolarlos y servirlos. Hoy está al frente de un comercio en pequeño, cuyos beneficios bastan para subvenir á sus modestas necesidades. Todo el mundo quiere proveerse de lo necesario en la tienda de Diosdado. Se sabe que no engaña á nadie, y además sostiene á sus padres, *que han educado ocho hijos.*

—Diosdado, me decía un día su padre, ha sido el sostén y la alegría de mi casa. Dicen que cada hijo que nace trae un pan

debajo del brazo, pero á mí el octavo me ha traído más; por él he podido sacar adelante á mis demás hijos, y ahora es el descanso y la alegría de nuestra vejez.

EXPLICACIÓN DE GRABADOS

EL EXPLORADOR STANLEY Y MIS TENNANT. —En nuestro primer número escribimos sobre el matrimonio del famoso explorador de las comarcas africanas Stanley, con Mis Tennant, y describimos la ceremonia nupcial y los magníficos regalos que recibieron. Hoy damos el retrato de los dos afortunados cónyuges. Después de los ásperos trabajos y riesgos de su atrevido viaje, Stanley tiene derecho al descanso, á la fortuna y á la dicha.

EL SECRETO. *Composición de Techen-dorff.*—¿Qué le dirá la menor á la mayor de estas dos mozas campesinas, que así ilumina de maliciosa jovialidad los semblantes de una y otra? Gran bellaquería debe ser, si la expresión de los rostros traduce fielmente las impresiones del ánimo. Las cabezas iluminadas por la luz que una de ellas lleva en la mano (lo que da un hermoso y vivo efecto de claro oscuro), brillan menos por fuera que por dentro. No cabe llevar á punto más alto, la interpretación por medio de líneas y de color, de la vida interior del espíritu. Esas dos cabezas hablan con los ojos, hablan con la boca, y el que las mira, cree estar oyendo el secreto que se dicen cautelosamente al oído. Pero las palabras no constan. El pintor abre la puerta á toda clase de suposiciones, pero desde luego puede observarse que el traje campesino de las dos heroínas supone una educación que no parece en armonía con la expresión burlesca y refinadamente maliciosa de sus semblantes.

EL TRIUNFO DE GERMÁNICO.—*Cuadro de Carlos Piloty.* Germánico (Druso Nerón) nació en Roma 16 años antes de J. C. Fué sobrino, é hijo adoptivo de Tiberio y se casó con Agripina, nieta de Augusto. Desde su primera juventud, se le confiaron mandos importantes en Dalmacia y en Panonia y el año 12 después de J. C., fué elegido cónsul. Cuando murió Augusto tuvo que reprimir una terrible sedición que estalló en Germania para proclamarle emperador; rechazó indignado este título y apaciguó á las legiones. Tiberio sin embargo, vió en él desde este momento un rival peligroso. Emprendió después una vigorosa campaña contra los Germanos y derrotó á su jefe Arminio. A esto debe el sobrenombre de *Germánico*, con el que le designa siempre la historia, Tiberio celoso de su gloria le llamó á Roma donde se le decretaron los honores del triunfo. Después de varias expediciones brillantes, tuvo un altercado con Pisón, gobernador de Siria é íntimo confidente de Tiberio, y al poco tiempo una enfermedad fulminante le llevó á la tumba. Al espirar manifestó su persuasión de hallarse envenenado y escitó sus amigos á vengarle. Tácito hizo de Germánico el héroe de sus *Anales* y su fin inspiró á muchos poetas trágicos.

El cuadro de Piloty, el eminente director de la Academia de Bellas Artes de Munich, pertenece á esa serie de grandes composiciones históricas en que los maestros de la escuela alemana de este siglo baja la influencia de Kaulbach, retratan toda una civilización. Representa la entrada triunfal del vencedor romano en la Ciudad eterna, cuando desfilas eguido de sus ejércitos ante Tiberio, llevando cautivos delante de su carroza á los vencidos germanos, bardos y guerreros, mujeres y niños, entre los que descuella



EL SECRETO, Composición de Techendorff.



EL TRIUNFO DE VESPAZIANO, Cuadro de Piloty.

EL NUDO GORDIANO



1.

—¿Vamos á hacerle un lio?



2.

—Pues señor, me dormí como quien no tiene nada en que pensar.



3.

—¡Qué agradable es el sueño, después del café!



4.

—¡Un nudo en el pañuelo!



5.

—¡Uf! ¡qué calor! Pero ¿por qué me habré yo hecho un nudo en el pañuelo?



6.

—Conozco mis hábitos. Yo le hice para recordar algo.....



7.

que sin embargo no recuerdo.



8.

—Este nudo de Lucifer!...

Thunelda, la esposa infeliz de Arminio, altiva y llena de majestad en medio de su desgracia.

La composición y el dibujo de esta gran página histórica son dignos del pincel del célebre artista alemán.

EL NUDO GORDIANO.

UN INVENTOR DESCONOCIDO. (Véase página 34.)

POESÍA

¡A ESCAPE Y AL VUELO!

¡Qué bien tus caballos trotan por un camino tan llano!

¡Qué aire se aspira tan sano en las ráfagas que azotan! con su acre ambiente salino la faz que en vapor nos baña, dejando en cada pestaña un átomo cristalino!

¡Aire, mar, luz, campo abierto hoy traen á mi poesía Dios y el mundo de concierto una explosión de alegría, la libertad del desierto!

Vejez sin decrepitud, de fe una inoculación, de vida una plenitud y una reverberación del sol de la juventud.

¡A vivir! ¡Penas al mar!

¡Al mar las memorias negras! ¡No hay hacia atrás que mirar! ¡Dios, que la vida me alegras, déjamela aquí gozar!

¡Y qué bien rueda el carruaje por carretera tan llana, cruzando el verde paisaje á quien da tan verde traje vegetación tan lozana!

La tierra ante el sol risueña sacudiéndose el rocío despierta; ya la cigüeña baja á limpiar el plantío; parece de oro la peña y cinta de plata el río.

Aun húmedos verdeguean

los prados, y en la enramada los pájaros aletean, pían, trinan y gorjean enviando á Dios la alborada.

La tierra entera del sueño al salir, á Dios se torna con su aspecto más risueño, como esclava que se adorna para ir á ver á su dueño; y alegre, fresca y lozana le saluda y felicita, cuando su luz soberana de la sombra ciega y vana los velos negros la quita.

JOSÉ ZORRILLA. (1)

VIAJES

EL MONTE AVASAXA.

Sol á media noche.

En el valle salvaje del Tornea-elf, en Laponia, confin de Suecia y de la Finlandia rusa, bajo el círculo polar, un pico agudo, llamado Avasaxa, domina un anfiteatro de montañas y parece observatorio elevado por la naturaleza para seguir las fases de un fenómeno astronómico que cada año se verifica bajo aquellas latitudes. El 24 de junio, el sol es visible á media noche. El astro descendiendo hacia el horizonte, desflora los bordes y sin que su disco desaparezca, se levanta de nuevo y continúa su curso como si no se dignara tomar su reposo acostumbrado. Apenas acaba el día de ayer, cuando comienza el de mañana.

Las poblaciones del norte de Suecia celebran con una gran fiesta la noche del 24 de junio, noche casi sin sombras, y dan á esta fiesta un carácter religioso que tiene su mezcla de pagano. En la antigüedad, una parte de estos pueblos septentrionales adoraba al sol, y aunque convertidos después al Cristianismo, conservan supersticiosa veneración al astro que en estos climas de frío y obscuridad se les aparece como si fuera la misma imagen de la vida. En algunas semanas el sol hace germinar, brotar y madurar las cosechas y abrir las escasas flores que alegran el suelo de estas regiones. Uniendo el esplendor á la omnipotencia, no abandona el cielo, suprime la noche, confunde las irradiaciones del ocaso y las de la aurora, como si quisiera indemnizar á estas comarcas con algunas noches de brillo, de ocho meses de rigor.

Hoy un servicio regular de vapores une á Estokolmo con Haparanda, ciudad situada en la estremidad septentrional del golfo de Bothnia, y de Haparanda por un camino practicable se llega en unas veinte horas al pie del monte Avasaxa. El viaje no ofrece grandes dificultades; así es que no falta ningún año algún grupo de *touristes* deseosos de conocer aquel rincón de las regiones boreales que habitan los finlandeses y recorren los lapones, y de asistir á uno de

los más hermosos espectáculos que da el sol á la tierra.

He aquí cómo lo describe un viajero:

El 18 de junio salimos de Estokolmo en el *Thulé*. Instalados en la cubierta de popa veíamos desaparecer los muelles, las casas, los parques de esta linda ciudad, que se nos presentaba bajo un aspecto nuevo y lleno de encanto, como para hacernos sentir más alejarnos de ella. Las siete islas en que está fundada parecen á lo lejos reunidas en una sola, pero las cimas de sus construcciones de desigual altura, presentándose á la vista en escalones, tienen el aspecto de muchas ciudades que montan una sobre otra. La cúpula de Sta. Heduvigis dominaba todo el conjunto, como la cruz latina en la cima de las siete coronas que forman la tiara pontifical. Así se ofreció á nuestra vista, por bastante tiempo, la capital de Suecia, saliendo del fondo de un suelo húmedo que hundía en las hondas sus murallas cortadas á pico. De repente la ribera del golfo hace un ángulo, y un telón de altas montañas nos roba á la vista esta espléndida decoración, que cambia por completo. Las

boscada para espiar la presa. Del fondo de estas ocultas enseñadas se lanzaban en otro tiempo, sobre una ciudad, sobre un castillo, sobre una abadía, para desaparecer enseguida en el laberinto de las islas. Los habitantes de estas costas periódicamente devastadas se hicieron á su vez piratas y hubo continuo cambio de rapiñas entre las dos riberas del Báltico.

Después de un día y de una noche de viaje llegamos á la miserable alquería de Matarengi, situada en la orilla derecha del Tornea-elf, precisamente en frente del monte Avasaxa que elevaba á nuestra vista su cono de granito. El círculo polar pasa por encima y marca el principio de la zona glacial.

La misma tarde atravesamos el río sobre una barca finlandesa, estrecha y larga, de proa levantada y retorcida como la de una piragua. Al rededor nuestro hendía las ondas del inmenso Tornea-elf, una flotilla de barcas iguales, llevando toda la población ribereña y remendandolas emigraciones de las tribus indias por los lagos de la América del Norte.

La subida del cono es corta pero muy fatigosa. Al rededor nuestro le escalaba una multitud de hombres, de mujeres y de niños: diríase un regimiento de guerreros y de Amazonas asaltando una plaza. Había muchas parejas de mancebos y muchachas unidas estrechamente: ellos las levantaban con frecuencia entre sus brazos para subirlas á una roca ó ayudarlas á pasar un sitio difícil. Estos jóvenes no estaban, sin embargo, casados; iban, según costumbre secular, á celebrar sus desposorios sobre el monte Avasaxa á la faz del sol de media noche. Algunas veces pasan años después de esta ceremonia: el novio va con el uniforme ruso á hacer guardias á los palacios de San Petersburgo, pero no olvida á la que le ha dado su fe bajo la estraña y dulce luz que alumbraba solamente su suelo natal.

Forma la cima del Avasaxa una meseta de bastante extensión: por la parte norte domina un grupo de montañas, cuyo centro se abre para dar paso al Tornea-elf, que no es más, á partir de este punto, que una sucesión de lagos. Al Sur se extiende la llanura infinita de color gris. Las montañas peladas, de majestuosas pendientes, las sábanas de agua que bañan riberas sin vegetación, tienen un aspecto frío y triste aunque no exento de grandeza.

En el momento que llegamos á la cima, dan las diez de la noche, pero noche con sol. Volvimos la cabeza al Norte: á nuestra izquierda, esto es al Occidente, el astro del día descende lentamente avanzando al septentrion: describe una órbita circular del Oeste al Este. Los rojos matices de la tarde inundan los valles y doran las ondulaciones del terreno, y las cimas que se perfilan á lo lejos revisten reflejos azules. La atmósfera es pura, salva alguna que otra ligera nubecilla matizada de rosa y de gris perla que flota en el aire; bandas de vapores vivamente iluminados cruzan el cielo aquí y allá con sus listas rutilantes. Sin embargo el disco declina cada vez más en el horizonte. La sombra avanza lentamente por la falda de las montañas arrastrándose



UN INVENTOR DESCONOCIDO

montañas se deshacen en colinas y millares de rocas á flor de agua rodean nuestra embarcación, intercaladas con islotes bajos y cubiertos de verdor que parecen bosques flotantes. Los archipiélagos se suceden unos á otros, y cuando creíamos ver desarrollarse la mar delante de nosotros, nuevos bancos de verdura venían á cerrarnos la decoración. Contornos fugitivos, horizontes apenas delineados, inestricable confusión de islas, de promontorios y de istmos en que la tierra desaparecía bajo una vegetación negruzca y membranosa, tal es el aspecto de estas costas del Báltico, región de piratas que en todo tiempo ha servido de abrigo á los depredadores del mar, ofreciéndoles en los infinitos repliegues de su curso, reparos contra la tempestad y sitios de em-

(1) De una carta dirigida á la Condesa de Guqui, y publicada en 1883 con el título que encabeza esta poesía.

hasta las cimas; flechas de oro brillan sobre cada una de ellas, y luego se apagan lentamente como antorchas moribundas. Es media noche: el sol nos hace frente y camina derecho al Norte, roza los bordes del horizonte sin desaparecer un solo instante. El cielo presenta un espectáculo que no puede nunca olvidarse. El firmamento parece dividido en dos partes, la una á nuestra izquierda, todavía teñida con los colores de púrpura del ocaso, y la otra, á nuestra derecha iluminada ya con los reflejos suaves y nacarados de la aurora. A nuestros pies, el valle se hunde en las sombras; ondas de rosa bañan la cima del cono, se introducen por entre las grietas de las rocas, reverbera en las cimas de los árboles: ésta es la luz, que en los días de seis meses tiñe con sus rayos los hielos eternos del Spitzberg y penetra en las azules cavernas de los bancos de roca. Los hombres simples que nos rodean, siguen con religiosa emoción las fases del fenómeno celeste, y algunas mujeres entonan un cántico dulce y grave á la vez. El sol entretanto continúa su evolución y ya se alza lentamente á nuestra derecha. Comienza un nuevo día; es un hoy que hace un instante era ayer. Repentinamente el velo de sombra que cubría el valle se rasga, una bruma dorada inunda las montañas, se extiende en la llanura y hace resplandecer el río. La luz estalla, por decirlo así; la naturaleza se anima. Se comprende que en estas comarcas dominadas por el frío y la obscuridad, sea ésta la gran fiesta del calor, de la luz y de la vida. La alegría popular no conoce entonces límites, se improvisan coros, guirnaldas de bailarines serpentean á lo largo de los precipicios, se disparan fuegos artificiales; todo en la tierra y en el cielo es movimiento, luz y alegría.

UN INVENTOR DESCONOCIDO

I

Finaba el año 1825. La tienda del celebrado óptico Carlos Chevalier, situada en el muelle del Reloj, tan frecuentado de ordinario por clientela distinguida, parecía desierta en las primeras horas de la tarde de uno de los días tan frecuentes en París en los meses de otoño, en que el sol cubre su faz radiante como para no ver el triste aspecto que ofrece la capital.

El viento va despojando á los árboles de su follaje amarillento, simbólico color de la muerte, y mientras ráfagas tempestuosas hacen estremecer los esqueletos vegetales de parques y jardines, en el hogar del menesteroso cunde el temor ante la perspectiva del invierno que se acerca amenazador para las familias sin medios.

Hallábase Carlos Chevalier sentado en su escritorio leyendo un periódico para matar el tiempo. La puerta de la tienda se abrió suavemente y dió paso á un parroquiano. Chevalier se levantó y envolvió al desconocido en una mirada llena de curiosidad.

El aspecto del recién llegado no agradó al óptico y más por costumbre que por cortesía, continuó de pie volviendo empero los ojos sobre el papel impreso que leía y diciendo con distracción:

—¿Qué se le ofrece á usted?

II

El desconocido quedó enteramente desconcertado. Con su sombrero de color indefinible, su trajemás que usado, humilde porte, rostro enfermizo y timidez claramente manifestada en todos sus movimientos, más bien que un comprador parecía un infeliz que pedía limosna.

Turbado, pues, empezó á dar vueltas al sombrero que llevaba en la mano, y con voz entrecortada contestó:

—Desearía saber el precio de la cámara oscura que está en aquel escaparate.

—Cien francos, precio fijo.

—Ah!

En esta interjección que lanzó el desconocido, acompañada de un prolongado suspiro, había mezcla de deseo y de desaliento. Su mirada iba del aparato del escaparate al rostro del óptico. Así permaneció algunos minutos, inmóvil, mientras Carlos Chevalier con el diario en la mano continuaba leyendo con la mayor indiferencia.

Por fin levantó los ojos, y adivinó este lo que pasaba en el interior del recién llegado. Era joven, y sin duda los trabajos científicos habían acabado con su dinero y con su salud. Sin dejar, pues, el diario, díjole con alguna amabilidad:

—No puedo rebajar nada, es lo que cuesta. Sin embargo, hay otras clases.... ¿Para qué quiere usted el aparato?

—Diré á usted. Hace tiempo vengo dedicándome al estudio de un problema científico muy interesante: la fijación de las imágenes en el papel por medio de la cámara oscura. Con el aparato imperfecto que poseo, una especie de caja de madera de abeto con un objetivo ordinario que colocó en mi ventana, he conseguido algún éxito; pero estoy seguro de que con la nueva cámara oscura de prisma que usted ha construido, puedo llegar á un feliz resultado.

III

La sinceridad con que el forastero hablaba, no dejaba lugar á dudas. Sin embargo, Chevalier no se resolvió á creer todavía en absoluto lo que decía aquel joven, y tenía sus motivos.

Por entonces los periódicos habían dado por descubierto el secreto que la naturaleza guardaba todavía, de la fijación de las imágenes en el papel. Conocía los inauditos esfuerzos hechos por Nicéforo Niépce para conseguir aquel resultado, esfuerzos que proseguidos por espacio de diez años, habían acabado con la paciencia de aquel sabio físico. Verdad es que había logrado, por medio de la preparación de láminas metálicas con betún de Judea, obtener la imagen transmitida por el sol á través de la cámara oscura; pero aquella materia con que preparaba sus hojas metálicas, era de impresión tardía; necesitaba diez horas de exposición en la cámara oscura para revelar la imagen recibida, tiempo más que suficiente para que el sol, que no participaba de las ansias y temores del hombre, cambiase las sombras, modificase las líneas y echase á perder la obra.

Sabía pues, que si Niépce había inventado la palabra *heliografía*, no había podido conseguir práctico empleo de tan maravilloso arte, como sabía los inútiles trabajos y vanos ensayos de otros cien matemáticos empeñados en lo imposible, es decir, en mandar al sol que se sirviera dibujar sobre el papel y de una manera permanente las imágenes.

Precisamente entre estos locos se encontraba su amigo, el pintor Luis Daguerre. También éste andaba buscando la piedra filosofal. ¿Y qué había conseguido? Nada absolutamente, nada práctico. La fotografía era un imposible científico.

Sin embargo, la sencillez con que el desconocido habló de su invento, como de la cosa más natural del mundo, excitó la curiosidad del señor Chevalier. Dejó por fin el periódico y pasando detrás del mostrador, díjole con interés:

—La impresión de las imágenes sobre el papel es un problema que estudian inútil-

mente gran número de sabios. ¿Es posible, joven, que usted le haya resuelto?

—No diré tanto, exclamó el desconocido. Pero si con mi grosero aparato logro fijar en el papel un dibujo también grosero, con un aparato más poderoso y perfeccionado, ¿quién sabe!

—¿Podría ver alguno de esos dibujos?

—Muy fácilmente. Aquí traigo uno, me parece....

Y dejando el sombrero sobre el mostrador, sacó del bolsillo una cartera estropeada y mugrienta, tiró de ella un papel cuidadosamente doblado, y púsolo en manos del señor Chevalier.

—Es lo que se ve desde mi buhardilla de la calle de Bac....

La vista del dibujo que tenía delante, dejó llenó de estupefacción al óptico. No se trataba de un dibujo grosero, sino de una verdadera reproducción. Era una vista de París, un conjunto de chimeneas sobre las cuales se destacaba en segundo término la cúpula de los Inválidos. No necesitaba el desconocido otra tarjeta para hacer saber que habitaba una buhardilla. Verdad es que los contornos resultaban algo borrosos, pero este pequeño defecto debía corregirse con el empleo de un buen objetivo.

Levantó los ojos del papel y vió que el desconocido continuaba tranquilo; su rostro revelaba solo el deseo de convencerle de que podía dejarle llevar el aparato, porque sus ensayos iban por buen camino.

Chevalier no le comprendió ó no quiso comprenderle.

—¿Cómo obtiene usted este resultado?

—Con esto, y nada más que con esto, contestó sacando de la faltriquera una botella llena de un líquido negruzco. Usted puede hacerlo como yo.

En aquel instante entró un parroquiano y el señor Chevalier fué á servirle dejando plantado al desconocido. El sabio se eclipsó por el tendero. Y como la compra era de alguna importancia y el óptico parecía haberse olvidado de él, el desconocido tomó su sombrero y luego la puerta:

—¿Se va usted?

—Veo que está usted ocupado, volveré otro día y hablaremos si usted gusta....

—Bien está. ¡Adios!

IV.

Cuando quedó solo el señor Chevalier dirigióse á su escritorio para dejar el dinero de la venta que acababa de hacer. Sus ojos fijáronse casualmente en la botella que el desconocido había dejado olvidada sobre el mostrador, y recogióla con avidez recordando las palabras que aquél le había dicho. «Con esto, usted puede hacerlo como yo».

Tenía en su mano el invento, el tan deseado invento. Durante algunas horas dejó de pensar en el suyo, en el microscopio que era su manía: porque Chevalier también era del número de los locos que disputan á la naturaleza sus secretos, á pesar de ser tendero.

El líquido mágico estaba allí. ¿Por qué no había de probar sus efectos?

Pasaban días y días y el desconocido no parecía por la tienda.

Hizo varios ensayos con el líquido negruzco, pero ninguno dió resultado.

Su amigo el pintor escenógrafo, Daguerre, fué á visitarle á los pocos días.

—¿Qué tal? le preguntó Chevalier, ¿cómo van tus trabajos sobre fotografía?

—Muy mal, por ahora.

—No todos los que trabajan en el invento dicen lo mismo: tienes un rival afortunado.

—¿Cómo es eso?

Chevalier contó á su amigo la conversación que había sostenido con el misterioso inventor de la fotografía, y mostrándole el frasco añadió:



MISS TENNANT

—Este es el líquido de que se sirve nuestro hombre, líquido que he ensayado inutilmente. Ninguna prueba me ha salido bien.

Daguerre examinó el frasco, y al enterarse de cómo Chevalier llevó á cabo sus ensayos, echóse á reír sabrosamente.

—¡Hombre, hombre! exclamó. El papel debe prepararse en la oscuridad, para que sea sensible á los rayos solares dentro de la cámara oscura. Deja que yo ensaye este misterioso líquido. Entre tanto, si tu cliente vuelve, preséntamelo.

V.

Daguerre no era un sabio ni mucho menos. Llevóse el precioso líquido á su casa, y después de vanos ensayos, al cabo de dos meses volvió á ver á su amigo Chevalier y le dijo:

—¿Ha vuelto el inventor desconocido?

—No, no ha parecido todavía.

—¡Diablo!

—Pues que ¿no has obtenido nada con el líquido?

—Absolutamente nada. Estoy seguro que el secreto no está en la botella.

Nadie supo más del desconocido inventor de la fotografía. El invierno había sido crudo; y el desgraciado debió ser víctima de sus rigores. La implacable muerte debió retardar para la humanidad el momento feliz del descubrimiento que más honra al siglo XIX, y por su culpa seguramente fueron inútiles todos los esfuerzos de aquel genio que sacrificó su vida en aras de la ciencia.

Chevalier en una de sus obras, cuenta esta anécdota y dice que el remordimiento no le dejó en paz por mucho tiempo pues qui-

zá su egoísmo fué causa inconsciente del eclipse de aquel astro científico.

¡Quién sabe!

S. F.

MESA REVUELTA.

¡NO MÁS VIEJOS!

¡Viejos y viejas que luchais cada día más desalentados, con el estrago de los años; jóvenes que veis con horror acercarse el momento en que vais á dejar de serlo, regocijaos! He aquí una noticia capaz de convertir en áscuas, el hielo de vuestra sangre perezosa. ¡Ya se acabó la vejez!! Los que la padecen, pueden sacudirla; los que la miran llegar, no deben de temerla.

No es un charlatán quien lo afirma, sino el Dr. Brown-Sequard. Ya veis..... ¡Brown-Sequard!..... ¡nombre enrevesado, nombre de sabio!

Pues bien, el Dr. Brown-Sequard dirigióse un día á la Academia de Medicina de París, diciéndola haber descubierto, tras largos afanes y estudios prolijos, nada menos que un remedio eficaz y segurísimo contra la vejez. La noticia cundió como el rayo, y el doctor, desde aquel momento famosísimo, vió caer sobre su casa un diluvio de noticieros, que iban á interrogarle; y de viejos anhelantes de dejar abandonadas en el despacho del portentoso médico las arrugas y achaques del cuerpo gastado por la edad, saliendo ágiles y vigorosos, como Fausto de las manos de Mefistófeles.

Pero Brown-Sequard limitóse á declarar que su invento era indudable; y que, antes de regalar al mundo el precioso fruto de sus investigaciones, necesitaba ultimar algunos detalles de procedimiento. Dicho esto se en-

cerró de nuevo en su laboratorio, negándose á toda comunicación, de tal suerte que es acaso el único francés famoso que ha logrado escapar á las habilidosas redes del reporterismo parisiense.

Pero hete ahí que acaba de salirle al maestro un discípulo menos huraño, el doctor Goizet, de París también. Con él ha conseguido un hábil periodista celebrar larga conferencia, de la que extractamos los párrafos más sustanciosos:

Periodista.—¿Es V., doctor, partidario del método Brown-Sequard?

Doctor.—Partidario..... aún no; pero falta poco. En la actualidad estudio, observo y compruebo las afirmaciones hechas por él en su comunicación á la Academia. Hago inyecciones á varios enfermos, pero ha transcurrido aún poco tiempo para poder juzgar con certeza. No obstante, voy á explicar á V. un caso en extremo curioso, que es en realidad un resultado obtenido. Desde hace muchos años presto mis servicios facultativos á un escultor, de más de sesenta años, á quien una parálisis, dejó de tal suerte imposibilitado que no podía andar sin el auxilio de otra persona, ni podía salir de su casa, ni, por entorpecimiento de la inteligencia, era capaz de dirigir los trabajos de su taller, donde tiene ocupados unos ochenta obreros. Desesperado de la ineficacia de todos los recursos médicos, me dijo un día: «Doctor, tanto como se ha hablado del descubrimiento de Brown-Sequard, ¿por qué no ensayarle conmigo? No quise aplicar el método desde luego; pero me dediqué al estudio de las condiciones requeridas para su uso. Por fin, en 21 de mayo último, pude practicarle una primera operación. Por espacio de algunos días la repetí cada veinticuatro horas; y después dejé

transcurrir un intervalo de tres días entre una y otra. Ahora está en la duodécima. ¡Y mi paralítico anda! Baja él solo las escaleras, y ha renovado sus trabajos en el taller, donde pasa en pie todo el día. Más aún; sale de su casa. Ha recobrado de un modo tan completo su capacidad intelectual y física que hoy dibuja con el mismo primor y energía de otros tiempos. Arrastra todavía un poco los pies, pero á cada nueva operación mejora notablemente.

Periodista.—La cosa es en realidad muy curiosa; ¿mas estos resultados son debidos exclusivamente á las inyecciones de Brown-Sequard?

Doctor.—Sin duda ninguna. Cuando resolví experimentar este método interrumpí algunos días antes el anterior tratamiento. Estos resultados ofrecen, además, un interés nuevo; pues el Dr. Brown-Sequard sólo ha

aplicado su método á ancianos cuya vejez era resultado de la edad: yo le he aplicado con éxito á una persona más abatida por sus achaques que por la edad.

P.—¿Podría V. decirme cómo prepara el líquido, y cómo practica las inyecciones?

Doctor.—Con mucho gusto: mato un lechoncillo, le corto determinados órganos, y con unas tijeras les reduzco á pequeños pedazos, que pongo en un almirez de cristal, añadiendo una cantidad de agua, de igual peso. Luego agrego ocho dosis más de agua destilada, resultando un líquido, que es preciso filtrar. Esta es la operación más difícil y delicada. La mayor parte de los filtros son malos. He adoptado el que juzgo mejor, el de Pasteur, y cada vez que preparo mi líquido, rompo invariablemente el filtro. Al cabo de dos horas y media obtengo unos dieciseis centímetros cúbicos

del líquido milagroso. Para la operación me sirvo de la jeringa de Pravaz, que contiene un volumen de un centímetro cúbico. Brown-Sequard fija para cada operación una dosis de tres centímetros cúbicos; pero esta prescripción sólo es aplicable á los caducos por vejez. Como yo tenía que arreglármelas con un caduco por enfermedad, he aumentado la dosis hasta cinco inyecciones: una en la pierna derecha, dos en la izquierda (por estar más enferma); luego dos en los brazos.—

Aquí acabaron las revelaciones del doctor Goizet.

Con que, viejos y viejas que nos leéis, ¡já rejuvenecerse!

V.

Imprenta de la Casa Provincial de Caridad.

LA SEMANA POPULAR ILUSTRADA

LA MÁS BARATA DE TODAS LAS ILUSTRACIONES

Sale á luz una vez cada semana, á doce páginas, conteniendo magníficos grabados é importantes trabajos científicos y literarios, con una sección muy completa de noticias de la semana.

Publicación especialmente dedicada á la clase obrera.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

ESPAÑA: 1 año, 5 pesetas.—PAISES DE LA UNIÓN POSTAL: 10 pesetas.—En Barcelona se vende en todos los kioskos.

NÚMERO SUELTO: 10 CÉNTIMOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Carmen, 36, entresuelo.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz.—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales; el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Colón.—Combinación para el Pacífico, al N. y S. de Panamá y servicio á Cuba y Méjico con trasbordo en Puerto-Rico.

Un viaje mensual saliendo de Vigo el 15, para Puerto Rico, Costa-Firme y Colón.

Línea de Filipinas.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Conchinchina y Japón.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 10 de enero de 1890 y de Manila cada 4 martes á partir del 7 de enero de 1890.

Línea de Buenos Aires.—Un viaje cada mes para Montevideo y Buenos Aires, saliendo de Cádiz á partir del 1.º de enero de 1890.

Línea de Fernando Póo.—Con escalas en las Palmas, Río de Oro, Dakar y Monrovia. Un viaje cada tres meses, saliendo de Cádiz.

Servicios de Africa.—Línea de Marruecos. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger.—Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los domingos, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los lunes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana o jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Aviso importante.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—En Barcelona: La Compañía Trasatlántica y los Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: la Delegación de la Compañía Trasatlántica.—Madrid: Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, 10.—Santander: Sres. Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. da Guarda.—Vigo: D. Antonio Lopez de Neira.—Cartagena: Sres. Bosch Hermanos.—Valencia: Sres. Dart y Compañía.—Málaga: D. Luis Duarte.

NOTA DE LOS VAPORES QUE PRESTARÁN LOS SERVICIOS

en el próximo mes de Agosto 1890.

Línea de las Antillas.—Día 10, de Cádiz, el vapor *Ciudad de Cádiz*, capitán A. GARDÓN. Día 20, de Santander, el vapor *Reina M.ª Cristina*, capitán F. SAN EMETERIO. Día 30, de Cádiz, el vapor *Buenos Aires*, capitán G. CEBADA.

Línea de Filipinas.—Día 12, de Barcelona, el vapor *Isla de Luzón*.

Línea de Europa á Colón.—Día 8, de Barcelona, y el 15, de Vigo, el vapor *San Francisco*, capitán B. BENITEZ.

Línea de Buenos Aires.—Día 27 Julio, de Barcelona, y el 1.º, de Cádiz, el vapor *Cataluña*, capitán F. JAUREGUIZA.

Línea de Marruecos.—Día 18, de Barcelona, el vapor *Rabat*, capitán MANZANO.

Línea de Tánger.—Salidas de Cádiz: Domingos, miércoles y viernes. Salidas de Tánger: Lunes, jueves y sábados.

LA PREVISIÓN

Sociedad anónima de Seguros sobre la vida, á prima fija

Domiciliada en Barcelona

Plaza del Duque de Medinaceli, número 8

CAPITAL SOCIAL: 5.000,000 DE PESETAS

JUNTA DE GOBIERNO

Presidente		Excmo. Sr. D. Camilo Fabra, Marqués de Alella
Excmo. Sr. D. José Ferrer y Vidal.		Sr. P. Juan Prats y Rodés.
Vicepresidente		Sr. D. Odón Ferrer.
Excmo. Sr. Marqués de Sentmenat.		Sr. D. N. Joaquín Carreras.
Vocales		Sr. D. Luis Martí Codoiar y Gelabert
Sr. D. José Amell.		Comisión Directiva
Sr. D. Pelayo de Camps, marqués de Camps		Sr. D. Fernando de Delás.
Sr. D. Lorenzo Pons y Clerch.		Sr. D. José Carreras Xuriach.
Sr. D. Eusebio Güell y Bacigalupi.		Excmo. Sr. Marqués de Robert.
Sr. Marqués de Montoliu.		Administrador
		Sr. D. Simón Ferrer y Ribas.

Esta Sociedad se dedica á constituir capitales para formación de dotes, redención de quintas y otros fines análogos; seguros de cantidades pagaderas al fallecimiento del asegurado; constitución de rentas vitalicias inmediatas y diferidas, y depósitos devengando intereses.

Estas combinaciones son de gran utilidad para las clases sociales.

La formación de un capital, pagadero al fallecimiento de una persona, conviene especialmente al padre de familia que desea asegurar, aun después de sumuerte, el bienestar de su esposa y de sus hijos: al hijo que con el producto de su trabajo mantiene á sus padres: al propietario que quiere evitar el fraccionamiento de su herencia: al que habiendo contraído una deuda, no quiere dejarla á cargo de sus herederos; el que quiere dejar un legado sin menoscabo del matrimonio de su familia, etc.

En la mayor parte de las combinaciones los asegurados tienen participación en los beneficios de la Sociedad.

Puede también el suscriptor optar por las PÓLIZAS SORTEABLES, que entre otras ventajas presentan la de poder cobrar anticipadamente el capital asegurado, si la fortuna le favorece en alguno de los sorteos anuales.